

Desgobierno por consenso

La democracia no se inventó para generar acuerdos o consensos sino precisamente para lo opuesto: para administrar los desacuerdos. Por su parte, la política es el espacio para la negociación sobre distintos tipos de solución a los asuntos y problemas de la sociedad e, inevitablemente, genera ganadores y perdedores. La diferencia entre democracia y política es nítida y evidente, pero en nuestro país se pierde porque no está resuelta la legitimidad del acceso al poder por la vía electoral, al menos en un partido y su actor político clave. Si yo gano fue democrático, si pierdo fue fraude y, en cualquiera de los dos casos, yo fijo la agenda política. ¿Alguna duda sobre la principal fuente de incertidumbre viendo hacia 2018?

Guillermo O'Donnell escribió que “la razón básica del desencanto de los ciudadanos latinoamericanos reside en haber creído que el ladrillo de la alternancia era la casa de la democracia”. En México apostamos a una serie de reformas electorales como vía para la transformación del sistema de gobierno, un medio incompatible con el objetivo que se perseguía; lo que se logró a lo largo de décadas fue la inclusión

de fuerzas políticas alienadas del tradicional “sistema”, el objetivo central de las reformas, sobre todo la primera relevante: la de 1977. Así, llevamos casi medio siglo de reformas electorales cuyo objetivo era el acceso al poder, no la construcción de un nuevo orden político ni, mucho menos, un nuevo sistema de gobierno.

En esa dualidad se puede observar quizá el principal desafío que el país enfrenta hoy: las reformas políticas -de 1977 en adelante- fueron concebidas por los partidos políticos para ellos mismos; ninguna contempló a la sociedad o a la ciudadanía. El caos político, económico y de seguridad que hoy nos caracteriza se deriva de ese simple hecho: la prioridad ha sido la clase política que se expande con cada reforma, pero no la solución de los problemas que padece el país y que afectan de manera directa a la ciudadanía. No hay ejemplo más patente de esta peculiaridad que la reforma de 1996, en que se incorporó al segundo y tercer partido en el sistema de privilegios en lugar de crear un sistema abierto, competitivo entre los partidos.

Si uno acepta que nuestro principal problema hoy

Guillermo O'Donnell escribió que “la razón básica del desencanto de los ciudadanos latinoamericanos reside en haber creído que el ladrillo de la alternancia era la casa de la democracia”. En México apostamos a una serie de reformas electorales como vía para la transformación del sistema de gobierno, un medio incompatible con el objetivo que se perseguía; lo que se logró a lo largo de décadas de reformas fue la inclusión de fuerzas políticas alienadas del tradicional “sistema”, el objetivo central de las reformas, sobre todo la primera relevante: la de 1977. Así, llevamos casi medio siglo de reformas electorales cuyo objetivo era el acceso al poder, no la construcción de un nuevo orden político ni, mucho menos, un nuevo sistema de gobierno.

no radica en el acceso al poder sino en la funcionalidad y calidad del gobierno, la solución no se va a encontrar en los procesos electorales (más reformas, segundas vueltas). La democracia sirve para definir quién accede al gobierno y, en un sentido más amplio, cuáles son los procedimientos para la toma de decisiones en la sociedad; sin embargo, la entidad dedicada a la administra-

ción de las decisiones y al cumplimiento de las funciones esenciales que la sociedad demanda del gobierno depende del gobierno mismo y ese es el eslabón débil en la realidad mexicana actual.

Nuestro sistema de gobierno es una herencia que se remonta a la era del porfiriato y que, por mucho que haya funcionado entonces, no tiene capacidad alguna

para responder a las realidades y circunstancias del siglo XXI. En aquella era, el país era pequeño en población, muy concentrado geográficamente y la economía se circunscribía, en lo fundamental, a actividades primarias. Más importante, no existían las comunicaciones de hoy ni la disponibilidad ubicua e instantánea de información y el poder del gobierno -organizado, centralizado y totalmente enfocado- mantenía el orden a como fuera necesario. La vida simple demandaba un sistema educativo simple y, en su mayoría, sesgado hacia las zonas urbanas.

Hoy en día, el país es enorme en población, su diversidad y dispersión extraordinaria, (casi) toda ella con acceso instantáneo a lo que ocurre en el resto del mundo y, en un número creciente, dependiente de sus ingresos del exterior. Además, el éxito económico de hoy no depende de la actividad manual de las personas sino de su creatividad en el más amplio sentido del término, lo que implica la necesidad de un sistema educativo de otra naturaleza. El punto es, simple y llanamente, que el sistema de gobierno que tenemos quizá sirva para gobernar el cen-

tro de la Ciudad de México y de otras ciudades, pero la realidad en el resto del país es de ausencia de gobierno. Peor, aunque no hay gobierno, si hay gobernadores que expolian y depredan.

Cuando estaba yo en la universidad, el profesor y filósofo Elliot Aristóteles Maquiavelo Montesquieu Feldman, planteó un enigma el primer día de clases: los candidatos a regidores de la ciudad de Boston se gastan hasta un cuarto de millón de dólares en sus campañas para lograr una chamba que les pagará 15 mil dólares de salario anual. “Piensen en esto y díganme a qué conclusión llegan”. Lo peculiar de la discusión subsiguiente fue que mientras que los estadounidenses se perdían en escenarios teóricamente posibles, a ninguno de los latinoamericanos le pareció algo extraño. Para estos era vida cotidiana.

Problemas no nos faltan, pero ninguno tiene las dimensiones de la carencia central de nuestra era: la falta de gobierno. Nada se compara a ello porque lo que vivimos es un sistema de extorsión y corrupción institucionalizado, eso sí, por consenso, pero sin capacidad o disposición a gobernar.

@lrubiof

Jesús Cantú

¡Lotería! Entendieron la estrategia de Trump

Finalmente el pasado miércoles 23 de agosto, en una entrevista radiofónica, el secretario de Relaciones Exteriores de México, Luis Videgaray, hizo declaraciones que permiten intuir que ya descifró la estrategia negociadora del presidente norteamericano Donald Trump, al señalar: “los dichos de Trump son estrategia de negociación; los mexicanos debemos reaccionar con serenidad y cabeza fría... Si Trump quisiera cancelar el TLC ya lo habría hecho, no se habría esperado 8 meses ni iniciado negociaciones”.

El hecho de que finalmente, después de reiterados incidentes bochornosos provocados por el presidente norteamericano, hayan reconocido que la estrategia de negociación del vecino país del norte es tal como lo señala el libro de Trump, ya es una ventaja. Pero lo preocupante es que para Videgaray parece que la serenidad y cabeza fría, es aplicar la máxima bíblica de “poner la otra mejilla”.

Por supuesto, que sería totalmente absurdo y equivocado, caer en la provocación y responder con balandronadas y amenazas imposibles de cumplir; pero eso no implica mantener la actitud de sumisión que hasta hoy ha mostrado México.

Habría que avanzar más en el sentido en que lo hizo el secretario de Economía, Ildefonso Guajardo Villarreal, quien al inaugurar en León, Guanajuato, una cumbre mundial de líderes en innovación tecnológica, reconoció que México tiene un plan B o alternativo en caso de que finalmente Trump cumpla sus amenazas. Sin embargo, aunque es positivo tener ese plan B, esto no es suficiente, pues hasta hoy no ha dejado claro, como sí lo ha hecho Canadá, dónde están los límites infranqueables cuyo rompimiento provocaría la cancelación del tratado.

El mismo miércoles 16 de agosto, al iniciar formalmente las negociaciones del TLC, México debió haber dejado claro su balance de más de dos décadas de tratado, pues contrario a lo que establecen los norteamericanos no todo ha sido favorable para el país y desfavorable para ellos.

México, como señaló, el jueves pasado el académico Eduardo Rosales, de la Facultad de Estudios Superiores Acatlán, de acuerdo a lo pu-

El hecho de que finalmente, después de reiterados incidentes bochornosos provocados por el presidente norteamericano, hayan reconocido que la estrategia de negociación del vecino país del norte es tal como lo señala el libro de Trump, ya es una ventaja. Pero lo preocupante es que para Videgaray parece que la serenidad y cabeza fría, es aplicar la máxima bíblica de “poner la otra mejilla”.

blicado en el diario regional El Norte, “el TLC ha rezagado al país con salarios bajos, mano de obra barata, baja competitividad, más de 50 por ciento de la población en pobreza, una asimetría distante y una economía 20 veces menor a la estadounidense”. En la lista de los malos resultados del Tratado también hay que agregar la afectación del agro mexicano, que ha dejado en la ruina a los productores de varios productos, como granos y lácteos.

También hay aspectos positivos, como en el caso de la industria automotriz, que ha crecido a un ritmo mucho mayor que el resto de la economía, principalmente impulsado por la apertura del mercado norteamericano y, éstos, hay que reconocerlos.

Pero desde antes de sentarse en la mesa de negociaciones hay que tener un diagnóstico muy claro y preciso de la realidad que se vive y de los objetivos que se pretenden alcanzar. Y, en una negociación como éstas, siempre obtiene los mejores resultados el que está dispuesto a levantarse de la mesa, pues lo coloca en una posición de mayor fuerza para resistir las embestidas de los otros socios.

Eso es precisamente lo que ha dejado claro Donald Trump, desde su visita en agosto pasado todavía como candidato a la Presidencia, ellos están dispuestos a romper el TLC; y, también desde ese momento, el presidente mexicano Enrique Peña Nieto y Luis Videgaray, en ese momento titular de Hacienda y Crédito Público, han demostrado su pavor a que eso suceda.

En aquel entonces, ingenuamente, señalaron que lo que buscaban era allegarle a Trump la información real del balance del TLC para los tres países involucrados, como si éste no la tuviese. Él la tenía desde antes y la tiene

ahora, pero sabe (como ahora un año después advierte Videgaray) que en la renegociación le es más rentable referirse únicamente a los saldos negativos, ignorar los positivos y amenazar con cancelar el tratado.

Hoy, a pesar de que finalmente se percataron de su estrategia y revelan que tienen un plan B, no modifican el ápice su estrategia negociadora. México, tiene que endurecer su posición y dejar claro que si no hay un trato justo y digno, está dispuesto a levantarse de la mesa y cancelar el tratado. Es la única forma en que logrará una mejor negociación.

Pero además, al margen de que se logró una buena renegociación o no, México tiene que empezar a implementar en paralelo al TLC un plan de diversificación de mercados, pues no puede mantener la norte dependencia actual, que lo vuelve tan vulnerable a los caprichos del norte.

Empezar en estos momentos la implementación de esta indispensable estrategia de diversificación sería la mejor forma de demostrar que su posición sí es firme. Mantener la sumisión y debilidad actuales, es el camino seguro a una mala renegociación.

Guajardo señaló en León, que “México también tiene que estar preparado para escenarios imprevisibles, de poca probabilidad, pero que son posibles”; pero la cancelación del TLC no es un escenario imprevisible ni de poca probabilidad, sino totalmente previsible y con una probabilidad media. La fortaleza viene de estar preparado para el peor escenario y estar dispuesto a enfrentarlo; eso es lo que tiene hacer México.

Videgaray está aprendiendo, como prometió el día de su toma de posesión como secretario de Relaciones Exteriores; pero muy lentamente y con un costo altísimo para el país.

El Mal no es banal, se contagia

Arnoldo Kraus

Compasión, otredad, cultura, ética, solidaridad, lealtad, generosidad, benevolencia, justicia moral y valores humanos, entre otros, son espacios e ideas imprescindibles en la arquitectura del ser humano. Espacios necesarios, cada vez más necesarios: la geografía contemporánea del ser humano requiere, con urgencia, encontrar las vías para restaurar y contagiar esos valores. Actos dantescos como la matazón de Barcelona y las otras barcelonas — Niza, Londres, Bruselas — y la de los miles de refugiados muertos en el mar en busca de la vida negada en sus países — Libia, Siria, Eritrea... — refuerzan el apuro, cada vez más lejano, de fortalecer el alma y contagiar preceptos éticos.

Desafortunadamente, esas virtudes no son prioridades en el devenir del mundo hoy; basta recorrer la información periodística formal o el periodismo 3.0: privan desasosiego, malas noticias, asesinatos, muertes sin razón, y unos largos e interminables puntos suspensivos, como la brutalidad de las imágenes compartidas por testigos de la masacre en Las Ramblas.

La terrible inutilidad de las muertes sin sentido, sobre todo cuando suman varios cadáveres, como las de Barcelona y otras ciudades europeas, son producto del fanatismo, enfermedad no moderna, en ascenso y sin remedio; los cadáveres, sin remedio, representan, escribo desarmado, con dolor, el triunfo de los perpetradores, la victoria del Mal. Convertir la muerte de otros en propaganda es leitmotiv de los islamistas radicales; sacrificar la propia vida acabando con las de otros, siempre desconocidos, es el culmen de una existencia dominada por el fanatismo.

Occidente responde con celeridad. Los asesinatos en masa alcanzan la red en segundos y se convierten en entrada en Wikipedia en horas. Eso buscan los homicidas. Los muertos, los heridos, las familias rotas, la banalidad de las palabras, la inutilidad de los consuelos y las incontables entradas en la red multiplican el éxito y la perfección

La terrible inutilidad de las muertes sin sentido, sobre todo cuando suman varios cadáveres, como las de Barcelona y otras ciudades europeas, son producto del fanatismo, enfermedad no moderna, en ascenso y sin remedio; los cadáveres, sin importar su origen, representan, escribo desarmado, con dolor, el triunfo de los perpetradores, la victoria del Mal. Convertir la muerte de otros en propaganda es leitmotiv de los islamistas radicales; sacrificar la propia vida acabando con las de otros, siempre desconocidos, es el culmen de una existencia dominada por el fanatismo.

del Mal. En menos de un día el crimen entró a Wikipedia: Atentados de Cataluña de 2017, reza la entrada. Copio las primeras líneas, “Los atentados de Cataluña de 2017 —del 17 de agosto— fueron una serie de ataques terroristas... donde se desarrolló un atropello masivo con una furgoneta... horas después, el Estado Islámico reivindicó el atentado...”. Mientras escribo, la página de Wikipedia crece.

Los fanáticos asesinos son maestros. Sus gurús conocen su oficio: los entrenan a la perfección. Los descabezan. Los desnudan. Descabezados y desnudos se entregan, sin recato, para hacer lo que deben hacer: matar. Hay una diferencia infinita entre ser alumno del Estado Islámico y de cualquier universidad occidental; en Occidente es correcto dudar y disentir; en cambio, los candidatos del Estado Islámico creen, sin ambages, en los mensajes de sus imanes. No hay sí, no hay no. Todo es la palabra de su líder. Todo radica en la magia del adoctrinamiento; ignoro cómo lo logran, pero lo logran: envilecen todas las palabras y acciones vinculadas con ética y moral. En eso radica el triunfo del Mal: cero ética, cero compasión. Los instructores de los fanáticos son maestros: drenan a sus alumnos de todo discurso humano. Son perfectos: anulan la vida, vindican la muerte, nulifican al ser humano. Además, tienen éxito mediático y personal.

Los diversos orígenes de las víctimas de la masa-

cre en Las Ramblas son una gran victoria para los sátrapas. Los 14 fallecidos y los 126 heridos provienen de 35 países. Alemania, Argelia, Argentina, Perú y así, hasta sumar 35. Del atentado se habla, y se hablará en todo el mundo. Cómo se hizo después de Nueva York, de Londres o de Niza. Y después, los muertos seguirán el camino de las muertes inútiles; sólo serán recordados por sus seres cercanos. Y después, otro después: el mundo será testigo de una nueva masacre. Inmenso éxito propagandístico, inmensa victoria de los imanes, quienes en lugar de enseñar moral, enseñan odio. El peso mediático de la maldad es absoluto. Nada compete contra ese triunfo. Nada. Lo saben los asesinos, se los dijo su maestro. La repercusión en los medios de comunicación del terrorismo en Occidente es mayor que cualquier manifestación cultural o humanitaria.

El mundo está desbocado. El fanatismo no tiene límites. Es contagioso. Carece de fronteras. Entre más muertos, mejor. A diferencia de las ideas occidentales, las muertes de inocentes, para los fanáticos del Estado Islámico, no son inútiles. Todo lo contrario. Entre más cadáveres mejor. Entre más prensa, mejor.

Notas insomnes. Revivo a Camus: “Cada generación se cree destinada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no podrá hacerlo. Pero su tarea es quizás mayor: consiste en impedir que el mundo se desmorone”.